



**Oscar Wilde.**

## **El arte y el artesano**

La gente habla con frecuencia como si existiera una oposición entre lo que es bello y lo que es útil. No existe oposición alguna con la belleza, exceptuando la fealdad, todas las cosas son o bellas o feas, y la utilidad estará siempre del lado de las cosas bellas, porque una bella decoración es siempre expresión de la utilidad que encontraréis en algo y del valor que le dais. Ningún obrero decora bellamente un trabajo malo, ni podréis obtener buenos artesanos u obreros si no contáis con bellos dibujos. De esto podéis estar seguros. Si, en el oficio que sea tenéis dibujos pobres y faltos de valor solo obtendréis obreros pobres y sin valor; pero desde el momento en que tengáis nobles y magníficos dibujos, descubriréis hombres de talento, de inteligencia y de sensibilidad que trabajarán para vosotros. Teniendo buenos dibujos tendréis obreros que trabajen, no solo con sus manos, sino también con su corazón y su cabeza; de otro modo solo tendréis necios o imbéciles que trabajarán para vosotros.

Que la belleza de la vida sea una cosa inexistente, supongo que habrá pocas personas que se arriesguen a afirmarlo. Y, sin embargo, los pueblos más civilizados obran como si aquella no existiera, y al hacerlo se perjudican a sí mismos y a los que vendrán después de ellos. Pues esa belleza cuya significación es el arte no significa un simple accidente de la vida humana que las gentes puedan tomar o dejar, sino una necesidad positiva de la vida, si es que debemos vivir como la naturaleza nos ordena, es decir, si no nos contentamos con ser menos que hombres.

No creáis que el espíritu mercantil, que es aquí la base de vuestra vida y de vuestras ciudades, sea opuesto al arte. ¿Quiénes construyeron las magníficas ciudades del mundo sino los hombres de comercio y sólo ellos? Génova fue contruida por sus comerciantes; Florencia, por sus banqueros, y Venecia, la más bella de todas, por sus nobles y honrados mercaderes.

No os pido, recordadlo, que construyáis una nueva Pisa, ni que volváis a la vida o a las decoraciones del siglo XIII. El ambiente en que debéis colocar a vuestros obreros es el de la vida americana moderna, pues los dibujos que necesitáis ahora pedir a vuestros obreros son los que embellecerán la vida americana moderna, apropiados a todas las necesidades de la vida del siglo actual.

¿Créis, por ejemplo, que desdeñamos las máquinas? Os digo que las veneramos; las veneramos cuando efectúan su trabajo, cuando ahorran al hombre labores innobles y viles; pero no cuando intentan hacer lo que sólo tiene valor confeccionado por las manos y por el corazón del hombre. No tengamos ningún adorno hecho a máquina; resulta malo, feo y sin valor. Y no confundáis los medios de la civilización con el fin de la civilización. Las máquinas de vapor, el teléfono y otras

cosas de este género, todo ello es maravilloso; pero recordd que su valor depende por completo del noble uso a que se las destine, del noble espíritu en que se las emplee y no de las cosas mismas. Es, sin duda, una gran ventaja hablar por teléfono con un hombre que está en los antípodas; esta ventaja depende enteramente del valor que tengan que decirse esos dos hombres. Si uno grita solamente calumnias a un extremo del hilo y el otro murmura tonterías al extremo opuesto, no creáis que se pueda obtener mucho beneficio de ese invento.

El tren que transporta a un inglés vulgar por Italia a una velocidad de cincuenta kilómetros por hora, y que lo devuelve finalmente a su casa sin otro recuerdo que el de haberse dejado pelar por un hotelero en Roma o haber comido mal en Verona, a él no le hace un gran beneficio, ni tampoco a la civilización. Pero aquella veloz legión de máquinas de pies ágiles que llevó a las ruinas llameantes de Chicago la ayuda afectuosa y el tesoro generoso del mundo fue tan noble y tan bella como una áurea cohorte de ángeles que alimentara al hambriento y vistiera al desnudo, en los tiempos antiguos. Tan bella, si; toda maquinaria puede ser bella mientras no esté ornamentada, No intentéis decorarla. Sólo podemos pensar que toda maquinaria también es graciosa, ya que la línea de fuerza y la belleza son sólo una.

---

2

Dad, pues, como ya he dicho, a vuestros obreros de hoy el ambiente alegre y noble que podáis crear vosotros mismos. Una arquitectura majestuosa y sencilla para vuestras ciudades, vestidos alegres y sencillos para vuestros hombres y vuestras mujeres: tales son las condiciones de un movimiento artístico. Pues el artista no se ocupa, primeramente, de unas cuantas teorías sobre la vida, sino de la vida misma, de la alegría y de la belleza que deberían dirigirse diariamente a nuestros ojos y a nuestros oídos para que el mundo externo sea magnífico.

Pero la sencillez no debe ser desnudez, ni el color alegre un color chillón. Pues todos los bellos colores son colores graduados que parecen pasar a otro dominio, ya que los colores sin tono son como la música sin armonía, simple disonancia. La arquitectura desnuda, los anuncios vulgares y escandalosos que profanan, no solo todas vuestras ciudades sino también toda roca, y todo río de los que he visto en América, todo esto no es suficiente. Debemos de tener una escuela de dibujo en cada ciudad. Habría de ser una construcción majestuosa y noble, llena siempre de los mejores ejemplos del mayor arte del mundo. Además, no coloquéis a vuestros dibujantes en una sala desnuda, de muros blanqueados, ni los obliguéis a trabajar en ese ambiente desalentador e incoloro, sino proporcionadles un ambiente magnífico. Puesto que queréis producir un canon permanente y un modelo de gusto en vuestro obrero, este debe tener siempre junto a él ejemplos del mejor arte decorativo del mundo, a fin de que podáis decirle: He aquí un buen trabajo. Los griegos o los italianos o los japoneses lo realizaron hace muchos años; pero es eternamente joven, porque es eternamente bello. Trabajad con ese espíritu y estaréis seguros de tener razón. No lo copiéis, pero trabajad con el mismo amor, con la misma veneración, con la misma libertad imaginativa. Debéis enseñarle el color y el dibujo, el modo en que están graduados todos los colores bellos, y hacerle comprender que los colores chillones son la esencia de la vulgaridad. Mostradle la calidad de toda obra bella de la naturaleza, como la rosa, o de toda obra bella del arte, como un tapiz oriental, que son tan sólo una exquisita gradación de color en que un tono corresponde a otro, como los acordes de una sinfonía corresponden entre sí. Enseñadle que el verdadero dibujante no es el que hace el dibujo y lo colorea, sino el que dibuja en color, el que crea en color, el que piensa en color. Mostradle cómo las vidrieras más soberbias de Europa abundan en vidrio blanco, y los más magníficos tapices de Oriente en tonos ajustados, ya que tanto en los unos como en los otros los colores primarios están puestos sobre el vidrio blanco, y los colores ajustados, como brillantes

joyeles, incrustados en oro mate. Y en cuanto al dibujo, mostradle cómo el verdadero dibujante ocupará todo espacio circunscrito dado, un pequeño disco de plata, por ejemplo, lo mismo que una moneda griega o una amplia extensión de techo o de gran muro, como la que escogió el Tintoretto en Venecia (la dimensión no tiene ninguna importancia), y en ese espacio limitado, ya que la condición primaria de la decoración es la limitación del objeto empleado, él dará el efecto de estar ocupado por una magnífica decoración, tan lleno de ella como lo estaría de vino una copa decorada, tan completo que no podrías quitarle ni añadirle nada. Pues de un buen dibujo no podéis quitar nada, ni tampoco añadirsele, que cada pequeña parcela de ese dibujo es tan necesaria y tan vitalmente importante para el efecto de conjunto como una nota o un acorde lo es en una sonata de Beethoven.

---

3

He dicho que era necesario que estuviera lleno, porque esto forma parte también de la esencia de un buen dibujo. Con una simple rama cubierta de hojas y un pájaro en pleno vuelo, un artista japonés os dará la impresión de que ha cubierto por completo con un adorable dibujo el abanico de caña o el secreter de laca en que trabaja, sencillamente porque conoce el lugar exacto donde colocarlos. Todo buen dibujo depende de la contextura del utensilio empleado y del uso que de él queráis hacer. Una de las primeras cosas que vi en una escuela de dibujo americana fue una muchacha que pintaba un claro de luna romántico sobre una gran fuente, y a otra muchacha que cubría una porción de platos con una serie de puestas de sol de notables colores. Que vuestras damas pinten cuantos claros de luna y puestas de sol quieran, pero no sobre platos o fuentes. Que empleen para ese trabajo papel o tela, pero no loza o porcelana. Pintan simplemente el asunto inadecuado sobre el objeto inadecuado, y eso es todo. no se les ha enseñado que todo objeto y toda materia poseen sus cualidades peculiares. El dibujo que conviene a uno será un error en el otro, de igual modo que el dibujo que reproducis sobre un tapete debe ser totalmente distinto de aquél con que adornáis las cortinas, pues el uno se extenderá siempre llanamente y el otro quedará cortado por los pliegues, y el uso a que se destine el objeto debería orientar en la elección del dibujo. No hace ninguna falta comer el pescado sobre un claro de luna romántico, o las almejas sobre una puesta de sol. Que la gloria del sol o de la luna sea pintada por nuestras paisajistas y que cuelgue de las paredes de los aposentos donde descansamos para recordarnos la belleza imperecedera de las puestas de sol que se oscurecen y mueren; pero no tomemos la sopa en ellos ni los enviemos dos veces diarias a la cocina para ser lavados y secados por la cocinera.

Todas estas cosas son bastante sencillas; pero se olvidan casi siempre. Vuestra escuela de dibujo de aquí formará a vuestros hijos, hembras o varones, y a vuestros futuros artesanos, ya que todas vuestras escuelas de arte deberían ser escuelas locales, escuelas de ciudades particulares. Hablamos de la escuela italiana de pintura; pero no hay tal escuela italiana. Había las escuelas de cada ciudad. Cada ciudad de Italia, desde la misma Venecia, la reina del mar, hasta la pequeña fortaleza de Perugia, tenía su propia escuela de arte, todas diferentes y todas magníficas.

Por eso, no os preocupéis por el arte que tenga Filadelfia o Nueva York, sino cread por manos de vuestros propios ciudadanos un arte magnífico para vuestros propios ciudadanos, pues tenéis aquí los elementos primarios de un gran movimiento artístico.

Porque, creedme, las condiciones del arte son mucho más sencillas de lo que se imagina. Para el arte más noble es necesaria una atmósfera sana y clara no mancillada, como el aire de nuestras ciudades inglesas, por el humo, la suciedad y la fealdad que provienen de los hornos abiertos y de las chimeneas de fábricas. Necesitáis tener hombres y mujeres de constitución fuerte y sana. Las gentes enfermas, perezosas o melancólicas no hacen nada bien en arte. Y, finalmente, necesitáis un sentido individualista con respecto a cada hombre y a cada mujer, ya que esto es la esencia del arte (el deseo

por parte del hombre de expresarse de la manera más noble posible). Y esta es la razón por la cual las artes más grandes del mundo provienen siempre de una República: Atenas, Venecia y Florencia (no había en estas ciudades ningún Rey, y su arte fue a la vez noble, sencillo y sincero. Pero si queréis saber qué clase de arte impone a un país la locura de los reyes, ved el arte decorativo de Francia bajo el gran monarca, bajo Luis XIV: el moblaje, dorado e imponente, se retorció bajo el sentimiento de su propio horror y de su propia fealdad, con una ninfa gestera en cada ángulo y un dragón de fauces abiertas en cada pata. Es un arte irreal y monstruoso, adecuado tan solo para las pompas y pelucas de la nobleza francesa de aquella época, pero no para nosotros. No queremos que el rico posea más bellas cosas, sino que el pobre cree más bellas cosas, pues es pobre todo hombre que no pueda crear. Y el arte que vosotros y yo solicitamos no será tan sólo un traje de púrpura tejido por un esclavo y echado sobre el blancuzco cuerpo de algún Rey leproso para adornar o esconder el pecado de su lujuria, sino que será más bien la expresión de la vida noble y bella de un pueblo. El arte será de nuevo la más gloriosa de todas las cuerdas en las cuales se encuentra el espíritu de un país, su más noble expresión.

---

4

A vuestro alrededor, ya lo he dicho, se hallan las condiciones que necesita un gran movimiento artístico para todo arte grande. Hablemos de uno solo, de la escultura, por ejemplo. Si un escultor moderno tuviera que venir a decirme: ¡Muy bien! Pero ¿dónde hallar temas escultóricos entre hombres que llevan levita y sombrero de copa?, yo le diría que fuese a los muelles de una gran ciudad y que contemplase a los hombres descargando los barcos majestuosos, haciendo girar la rueda o el cabrestante, halando las momas o las amarras. No he visto nunca a un hombre haciendo una cosa útil que no resultase gracil en algún momento de su trabajo; únicamente el ocioso o el holgazán son tan inútiles e indiferentes al artista como a sí mismos. Le diría al escultor que me acompañase a vuestras escuelas o a vuestras universidades, al campo de deportes o al gimnasio, que contemplase a los muchachos preparados para tomar la salida de una carrera, lanzando el disco o la jabalina, arrodillándose para atar sus zapatos antes de saltar, saliendo de la canoa o curvándose sobre el remo, y que los modelase. y cuando estuviera cansado de las ciudades, le diría que fuese a vuestros campos y a vuestras praderas y que contemplase al segador con su guadaña y al vaquero con su lazo. Pues si un hombre no puede hallar los más nobles motivos para su arte en estas cosas cotidianas y sencillas, como una mujer sacando agua del pozo o un hombre apoyado en su guadaña, no los encontrará en ninguna parte. Los griegos esculpían a los dioses y a las diosas porque los amaban. Pero vosotros no dais importancia a los dioses y a las diosas griegas; y tenéis completa razón; y tampoco os ocupáis mucho de los reyes, y también tenéis razón. Pero amáis, en cambio, a vuestros hombres y a vuestras mujeres, a vuestras flores y campos, a vuestras colinas y montañas, y estos son los temas que vuestro arte debería representarlos. Nuestro movimiento ha sido el primero que haya reunido al artesano o al artífice con el artista, pues recordad que separar al uno del otro es destruir a ambos: priváis al uno de todo motivo espiritual y de toda alegría imaginativa, y aisláis al otro de toda verdadera perfección técnica. Las dos escuelas de arte más grandes del mundo, la escultura de Atenas y la escuela veneciana de pintura, tuvieron su completo origen en una dilatada generación de artesanos sencillos y serios. Fue el alfarero griego quien enseñó al escultor aquella influencia moderadora del dibujo que constituye la gloria del Partenon, y fue el decorador italiano de cofres y de muebles hogareños, quien mantuvo la pintura veneciana siempre fiel a sus condiciones primarias pictóricas de noble colorido. Pues deberíamos recordar que todas las artes son bellas artes y todas también son artes decorativas. El mayor triunfo

de la pintura italiana no fue la decoración de la capilla de un Papa en Roma y el muro de una estancia en Venecia. Miguel Angel ejecutó la primera, y el Tintoretto, hijo de un tintorero, la segunda. Y el pequeño paisaje holandés que colocáis hoy sobre vuestro escritorio y mañana entre dos ventanas no es un trabajo menos glorioso que las extensiones de campos y selvas con las cuales Benozzo tornó verde y magnífica la arcada, en otro tiempo melancólica, del campo santo de Pisa, como ha dicho Ruskin.

---

5

No imitéis las obras de una nación griega o japonesa, italiana o inglesa; podéis acoger su espíritu artístico del dibujo y su aptitud artística actual, su mundo: todo esto podéis acogerlo; pero nunca imitarlo o copiarlo. En tanto que no podáis hacer sobre porcelana pintada, sobre un biombo bordado o sobre cobre repujado, un dibujo de vuestro pavo americano, tan magnífico como el que hacen los japoneses de su cigüeña de alas plateadas, no podréis nunca hacer nada. Dejad a los griegos esculpir sus leones y a los godos sus dragones; el búfalo y el gamo salvaje son vuestros animales.

La clemátide, el aster, la rosa y todas las flores que cubren vuestros valles en primavera y vuestras colinas en otoño: que sean estas las flores para vuestro arte. No solo os ha dado la naturaleza los más nobles motivos para una nueva escuela de decoración, sino que, más que a ningún otro país, os ha dado los materiales para trabajar.

Tenéis canteras de mármol más ricas que las de Pentélico, más variadas que las de Paros; pero no construyáis una gran casa cuadrada de marmol blanco creyendo que es bonita o que empleáis dignamente el mármol. Si construís en mármol, debéis o esculpirlo en alegres decorados, como las danzas de niños que adornan los castillos marmóreos de Loira, o llenarlo de magníficas esculturas, frisos y frontones, como hacían los griegos, o incrustarlo de otros mármoles de color, como en Venecia. De otro modo, mejor haréis en construir con ladrillos rojos, como vuestros antepasados puritanos, sin pretensión y sin belleza. No empleéis vuestro mármol como si fuera una piedra ordinaria, ni levantéis una casa con simples bloques. Pues ese mármol es, en realidad, una piedra preciosa, y únicamente unos obreros de nobleza de invención y de gran delicadeza manual deberían tener derecho a tocarlo, esculpiéndolo en nobles estatuas o en soberbios decorados, o lo incrustarian con otros mármoles de color, pues los verdaderos colores de la arquitectura son los de las piedras naturales, y vería yo complacido que se sacase de ellos todo el provecho posible. Tenéis aquí a vuestra entera disposición todas las variedades desde el amarillo pálido hasta el púrpura, pasando por el naranja, el rojo y el pardo; casi todas las clases de verde y del gris son fáciles de encontrar, y con esto, y con el blanco puro, ¡qué armonías no podréis realizar! La cantidad de piedras veteadas y matizadas es infinita, e innumerables sus géneros. Si se requieren colores más brillantes, emplead el mosaico, el cristal y el oro protegido por el cristal, especie de trabajo tan duradero como la piedra sólida e incapaz de perder su brillo con el tiempo. Y que el trabajo del pintor se reserve para la sombreada galería y para la habitación interior.

Tal es la manera auténtica y fiel de construir. Donde no sea posible hacer eso, puede emplearse realmente sin desdoro el colorido externo; pero con la advertencia previa de que llegará un tiempo en que esas ayudas pasarán y en que la construcción será considerada en su falta de vida, muriendo con la muerte del delfín. Más vale que sea menos brillante, pero más duradera. Los alabastros transparentes de San Miniato y los mosaicos de San Marcos se ven más cálidamente llenos, son tocados con más brillantez, por cada retorno de la mañana y de la noche, en tanto que los colores de las catedrales góticas han fenecido como el iris fuera de la nube, y los templos cuyo azul y cuya púrpura llameaban antaño sobre el promontorio griego, se alzan en la blancura marchita como nieves que el ocaso hubiera dejado frías.

---

6

No conozco nada tan perfectamente trivial de dibujo como la mayor parte de la joyería moderna. ¡Qué fácil os sería modificar esto y producir obras de orfebrería que fuesen un goce para cada uno de nosotros! El oro está a vuestro alcance en tesoros inagotables, encerrados en las cavidades de vuestras montañas o desparramado entre la arena de los ríos, y no os ha sido dado simplemente para la especulación. Deberían quedar en vuestra historia mejores recuerdos de él que los de unos pánicos mercantiles y unas casas arruinadas. No recordamos con bastante frecuencia que la historia de una gran nación vivirá constantemente en y por su parte. Solo algunas ligeras coronas de oro batido nos quedan para hablarnos del majestuoso Imperio etrusco; y mientras han desaparecido desde hace mucho tiempo de las calles de Florencia el noble caballero y el altivo duque, las puertas que el sencillo orfebre Ghiberto hizo para placer de ellos conservan siempre su admirable baptisterio, mereciendo siempre los elogios de Miguel Angel, que las calificaba como dignas de ser las puertas del paraíso.

Tened, pues, vuestra escuela de dibujo, buscad vuestros obreros, y cuando encontréis uno que posea esa delicadeza manual y esa maravilla de invención necesarias al trabajo del orfebre, no le dejéis trabajar en la oscuridad y el deshonor, ni tener una gran tienda deslumbradora y dos altos dependientes deslumbrantes (no para cumplir vuestras órdenes, cosa que no hacen nunca, sino para obligaros a comprar algo que no necesitáis). Cuando queráis un objeto de oro, tembladera o fuente para el festín, collar o diadema para la mujer, decidle lo que preferís como decoración, flor o diadema, pájaro en pleno vuelo o perro cazando, imagen de la mujer que amáis o del amigo que veneráis. Contempladle mientras trabaja el oro en esas finas hojas tan delicadas como los pétalos de una rosa amarilla, o cuando lo estira en largos hilos parecidos a rayos de sol mezclados al amanecer. Sea quienquiera ese obrero, ayudadle, alentadle, y obtendréis de sus manos un trabajo adorable, que significará para vosotros incesante alegría. Tal es el espíritu de nuestro movimiento en Inglaterra y tal es el espíritu con que quisiéramos veros trabajar, eternizando con vuestro arte todo lo que es noble en vuestros hombres y en vuestras mujeres, majestuoso en vuestros lagos y montañas, magnífico en vuestras flores y en vuestra vida natural. Queremos que no exista nada en vuestras casas que no entrañe un goce para el hombre que lo ha hecho y un goce también para quien lo emplea. Queremos que creéis un arte hecho por las manos del pueblo, para complacer también al corazón del pueblo. ¿Os agrada, si o no, este espíritu? ¿Lo encontráis sencillo y fuerte, noble en su finalidad y soberbio en su resultado? Ya sé que sí.

---

7

La locura y el escándalo tienen su época, una época brevísima. Sabéis ahora lo que queremos: estaréis en condiciones de estimar lo que se ha dicho de nosotros, su valor y su motivo. Debería haber una ley que prohibiese a todo diario vulgar que escribiese sobre el arte. El mal que nos hacen con sus escritos necios y al azar resultaría imposible estimarlo en demasía, no tanto al artista mismo como al público, a quien dejan ciego para todo, en tanto que no molestan lo más leve al artista. Sin ellos, juzgaríamos a un hombre simplemente por su trabajo; pero ahora los periódicos están muy ocupados en animar al público a juzgar a un escultor, por ejemplo, no por sus estatuas, sino por la manera como trata a su mujer; a un pintor, por el total de sus ingresos y a un poeta por el color de su corbata. He dicho que debería de existir una ley sobre eso; pero no hay, en realidad, necesidad alguna de una nueva ley: nada resultaría más fácil que colocar a la crítica en la categoría

de las clases criminales. Pero abandonemos un tema tan poco artístico y volvamos a las cosas bellas y gratas, recordando que el arte que expresara el espíritu de los diarios modernos sería exactamente el arte que vosotros y yo deseamos evitar, el arte grotesco, la malicia mofándose de nosotros en cada puerta y la maledicencia riendo socarronamente a vuestra espalda en cada esquina.

Quizá os haya sorprendido oírme hablar del trabajo y del trabajador. Os habréis enterado, sin duda gracias a vuestros diarios, un tanto imaginativos, de que soy, si no un joven japonés al menos un joven a quien desagradan el movimiento, el estrépito y la realidad del mundo moderno, y cuya mayor dificultad en la vida está en vivir al nivel de su porcelana azul, paradoja esta de la que Inglaterra no ha podido reponerse aún.

Pues bien: permitidme deciros cómo se me ocurrió la idea inicial de crear un movimiento artístico en Inglaterra, un movimiento que mostrase a los ricos de qué cosas bellas podrían gozar y a los pobres qué cosas bellas podrían crear. Una tarde de verano en Oxford (esa dulce ciudad de campanas soñadoras, bella en su esplendor como Venecia, noble en su sabiduría como Roma), bajando por la larga calle de Hygh, que va de torre en torre cruzando los claustros silenciosos y las puertas majestuosas hasta llegar hasta ese puente largo y grisáceo, de siete arcos, que Santa María acostumbraba guardar (digo acostumbraba, porque lo están destruyendo actualmente para construir en su lugar un puente de hierro destinado al tranvía, profanando así la más bella ciudad de Inglaterra), bajábamos, como decía, por la calle unos muchachos, la mayoría de los cuales tenían diecinueve años, como yo, encaminándonos al río o a los campos de tenis o de cricket, cuando encontramos a Ruskin, envuelto en su capa, que iba a dar su clase. Parecía preocupado y nos rogó que volviésemos con él a oír su explicación, cosa que hicimos unos cuantos; y no nos habló en aquella ocasión del arte, sino de la vida, diciéndonos que le parecía un error que todos los muchachos de físico agradable y de notable fuerza pudieran pasar su tiempo sin finalidad en el campo de cricket o en el río, sin más resultado que un cacharro de estaño para el que remase bien, y para el que marcaba más puntos, un mazo con puño de bastón. Parecíale (dijo) que deberíamos trabajar en algo beneficioso para los demás, en algo que nos permitiese demostrar que en todo trabajo hay nobleza. Nos impresionó mucho y declaramos estar dispuestos a hacer lo que él dispusiera. Recorrió él entonces Oxford y descubrió dos pueblos: Upper Hinksey y Lower Hinksey, que estaban separados por un gran pantano, de tal modo que los aldeanos no podían ir de un pueblo a otro sin dar un rodeo de varias millas, Y cuando volvió en invierno nos pidió que le ayudásemos a abrir, atravesando aquel pantano, un camino que pudieran utilizar los aldeanos. Salimos, pues, de la ciudad y, a diario, aprendimos a determinar el nivel, a partir piedras, a conducir una carretilla a lo largo de una tabla, cosa muy difícil de hacer. Y Ruskin trabajaba con nosotros en la niebla, la lluvia y el barro de un invierno en Oxford, y nuestros amigos y nuestros enemigos acudían a burlarse de nosotros. Esto no nos importaba mucho al principio, y más adelante nos tuvo sin cuidado en absoluto; así trabajamos durante dos meses en nuestra carretera. ¿Y en qué acabó esta? Como una mala conferencia, acabo bruscamente ..., en la mitad del pantano. Ruskin marchó a Venecia, y cuando volvimos al curso siguiente no hubo ya jefe, y los cavadores, como ellos se denominaban a sí mismos, se dispersaron. Y comprendí que si había suficiente espíritu en aquellos jóvenes para dedicarse a un trabajo como el de la construcción de una carretera, por amor a un noble ideal de vida, podría yo crear con ellos un movimiento artístico que llegara a transformar, como lo ha hecho, la faz de Inglaterra. Me puse en su busca (llamáronme su jefe); pero no hubo jefe alguno; éramos todos solamente buscadores y estábamos unidos unos a otros por lazos de noble amistad y de noble arte. Ninguno de nosotros era perezoso; había algunos, poetas, que se sentían ambiciosos; otros, pintores, orfebres o modeladores decidieron intentar crear obras para nosotros mismos; para los artesanos, obras magníficas; para los que nos amaban, poemas y cuadros; para los que no nos querían, epigramas, paradojas y aun desprecio.

Pues bien: hemos hecho algo en Inglaterra y todavía haremos más. Pero yo no pido, creedlo, a vuestros brillantes jóvenes y a vuestras lindas muchachas que vayan a construir un camino en un pantano para una aldea americana. Pero creo que cada uno de vosotros podría practicar algún arte.

---

8

Debemos tener, como ha dicho Emerson, un arte mecánico para nuestra cultura, una base para nuestras más elevadas perfecciones en el trabajo manual: la utilidad de las manos de la mayoría de la gente me parece una de las cosas más impracticables. No puede hacerse ninguna separación del trabajo, sin cierta pérdida de calidad o de verdad, ha dicho también Emerson. La impresión que produciría en nosotros el heroísmo de Epaminondas sería la de un conquistador casero. El héroe del futuro será el que domine valiente y graciosamente a esa Gorgona de la moda y del convencionalismo.

Cuando hayáis escogido vuestro propio partido, afincaos a él y no intentéis por debilidad reconciliaros con el mundo. Lo heroico no puede ser lo vulgar, ni lo vulgar lo heroico. Felicitaos si habéis hecho algo singular y extravagante, rompiendo la monotonía de un siglo correcto. Y, finalmente, recordemos que el arte es la única cosa a la que no puede afectar la muerte. La casita de Concordia puede ser triste; pero la sabiduría del Platón de Nueva Inglaterra no está reducida al silencio ni al brillo de aquel ático genio oscurecido: los labios de Longfellow son siempre musicales para nosotros, aunque el polvo que era su ser se convierta en esas flores que él amaba; y lo mismo que sucede con los más grandes artistas, filósofos, poetas y pájaros cantores, que suceda también con vosotros.